

partidarios, sino auxiliares útiles y poderosos en la guerra, con las cuarenta naves que habían equipado por consejo de Hegesiloco. Colocado éste en la magistratura más elevada, con el ordinario título de Prytanino, á fuerza de razones había convencido á los rodios para que renunciasen á una esperanza, que habían reconocido muchas veces como vana, la de sostener á los reyes, y atenerse á la alianza romana, única estable en la tierra por su fuerza y lealtad. «La guerra con Perseo es inminente; los romanos querrán poder contar con tantas fuerzas navales como desplegaron últimamente contra Antioco y contra Filipo. Tendrán que agitarse mucho para preparar la flota en el momento en que sea preciso disponer de ella, á menos que desde luego comiencen á carenar las naves y equiparlas. Siendo tanto más necesario desplegar actividad, cuanto que de esta manera rechazarían con hechos las acusaciones de Eumeno.» Estas observaciones les decidieron, y cuando llegaron los legados romanos, les mostraron una flota de cuarenta naves equipadas, para demostrarles que no habían esperado á su exhortación. Esta legación contribuyó poderosamente á levantar los ánimos de las ciudades del Asia. Solamente Décimo regresó á Roma sin haber conseguido nada y hasta sospechoso de haber cometido la infamia de recibir dinero de los reyes de Iliria.

Habiendo regresado Perseo á Macedonia, después de la entrevista con los romanos, envió legados á Roma para tratar allí de la paz, bajo las condiciones indicadas por Marcio, y entregó cartas á los que enviaba á Bizancio y Rodas. En todas estas cartas decía que había celebrado una entrevista con los romanos, y daba á las preguntas y respuestas un tono encaminado á hacer creer que había quedado ventajoso en la discusión. Ante los rodios añadieron los legados: «Que confiaban en la paz, porque habían marchado á Roma legados por con-

sejo de Marcio y Atilio. Si los romanos, á pesar de los tratados, persistían en sus intenciones belicosas, los rodios tendrían que desplegar toda su influencia y esfuerzos para conseguir la paz: si sus ruegos no alcanzaban éxito, debían cuidar de que no cayese en poder de un pueblo solo todo el universo. Si otros estaban interesados en esto, con mayor razón los rodios que, por su grandeza y fuerza, estaban á la cabeza de las repúblicas, y que no podían esperar más que sujeción y servidumbre en cuanto no hubiese otro recurso que los romanos.» La carta y explicaciones de los legados más encontraron atención benévola que ejercieron influencia real en los ánimos, que no cambiaron porque comenzaba á fortalecerse el partido de la prudencia. Contestóse en virtud de un decreto: «Que los rodios deseaban la paz: que en caso de guerra, el rey no podía esperar nada de los rodios, ni debía pedirles nada que pudiese perjudicar á la antigua amistad que les unía con los romanos; amistad que descansaba en tantos servicios importantes prestados en paz y en guerra.» A su regreso de Rodas visitaron también la ciudad de Tebas, de Coronea y de Haliarto, porque creían que á pesar suyo las habían hecho renunciar á la alianza del rey para unirse con los romanos. Los tebanos permanecieron inquebrantables, á pesar de que la condenación de sus jefes y repatriación de los desterrados, les habían enemistado con los romanos. Los de Coronea y Haliarto, favorables instintivamente á los reyes, enviaron legados á Macedonia pidiendo guarnición que les pusiese al abrigo del intolerable despotismo de los tebanos. Contestó el rey que no podía enviar guarnición atendiendo á la tregua con los romanos; sin embargo, que les aconsejaba precaverse como pudieran de las ofensas de los tebanos, pero sin ofrecer pretexto á los romanos para ensañarse con ellos.

Cuando llegaron á Roma Marcio y Atilio dieron cuenta en el Capitolio de su misión, mostrándose satisfechos por haber burlado al rey so pretexto de tregua, con la esperanza de la paz. «El rey tenía tan bien tomadas todas sus disposiciones, mientras que ellos no tenían nada preparado, que podía haberse apoderado de todas las posiciones ventajosas antes de que los romanos desembarcasen en Grecia. A favor del tiempo que les concedía la tregua, los romanos, sin que el rey se preparase más, podrían comenzar la guerra mejor provistos de todos los recursos. Habían tenido también habilidad para disolver la asamblea de los beocios, de manera que les sería imposible en adelante entenderse para unirse con los macedonios.» Considerable parte del Senado aprobaba aquella conducta como obra maestra de política; pero los ancianos, que conservaban el recuerdo del antiguo modo de obrar, decían: «Que no veían en aquella legación la política romana.» Los antiguos no hacían la guerra por medio de emboscadas y ataques nocturnos, con fugas simuladas y repentinos regresos contra un enemigo desprevenido; no buscaban la gloria de la astucia en vez de la del verdadero valor; declaraban la guerra antes de hacerla; hasta la proclamaban y hasta fijaban á veces el lugar del combate. Esta lealtad fué la que les impulsó á denunciar al rey Pirro aquel médico que atentaba á su vida; ó á entregar, cargado de cadenas, á los falicos al traidor que les traía los hijos del rey. Esta era la política romana, tan distinta de la mala fe púnica y de la intriga de los griegos, para quienes es más glorioso engañar al enemigo que vencerlo con las armas en la mano. Sin duda habrá circunstancias en que será más ventajoso apelar á la astucia que á la fuerza; mas para que una victoria sea definitiva y completa, es necesario arrancar al vencido la confesión de que no por artificio y casualidad,

sino en campal batalla y guerra abierta, ha sido derrotado. Esto era lo que decían los ancianos que no aprobaban las modernas prácticas. Pero en el Senado el partido de la conveniencia venció al del honor, aprobándose la primera legación de Marcio y enviándole á Grecia con quinquereemes y facultades para que sirviese según su criterio los intereses de la república. Enviaron también á A. Atilio para que ocupase á Larisa, en Tesalia; temiendo que, al expirar la tregua, enviase guarnición Perseo, apoderándose de esta manera de la capital de la Tesalia. Para desempeñar esta misión tuvo Atilio que pedir dos mil hombres de infantería á Cn. Sicinio. A P. Léntulo, que había regresado de Acaya, dieron trescientos italianos para que marchase á Tebas y mantuviese la independencia de la Beocia.

Preparadas todas estas cosas, aunque se decidían en vista de la guerra, acordóse, sin embargo, recibir á los legados en el Senado. Estos no hicieron más que repetir sobre poco más ó menos lo que el rey había dicho en la entrevista. La asechanza dirigida contra Eumenes fué objeto de amplia justificación, aunque poco concluyente, porque era cosa demostrada. El resto de su oración fué una súplica; pero las disposiciones de los oyentes no admitían convencimiento ni perdón. Intimóseles la orden de salir inmediatamente de Roma y de Italia antes de treinta días. En seguida el cónsul P. Licinio, á quien la suerte había asignado la Macedonia por provincia, fué invitado á dar órdenes para que su ejército se reuniese inmediatamente. El pretor C. Lucrecio, cuya provincia era la flota, partió de la ciudad con cuarenta quinquereemes, porque se decidió guardar para determinado uso algunas naves de las carenadas. El pretor envió delante con una quinquerrema á su hermano Lucrecio, para recoger las naves que los aliados se habían comprometido á alistar y venir á reunirse con la flota

en Cefalonia. En Reggio tomó una, dos en Locros, cuatro de los uritas, y siguiendo la costa de Italia, dobló el cabo en que termina la Calabria, sobre el mar Jónico, y llegó á Dirraquio. Allí encontró diez naves pertenecientes á los mismos dirraquinos, doce de los iseenos, cincuenta barcas del rey Gencio, que aparentó creer preparadas expresamente para uso del pueblo romano y las tomó todas; y llegando en tres días á Corcira, puso rumbo hacia Cefalonia. El pretor C. Lucrecio partió de Nápoles, cruzó el estrecho y llegó en cinco días á Cefalonia, donde fondeó la flota, primeramente para esperar que llegasen las fuerzas de tierra, y además para que se reuniesen las naves de transporte, que se habían dispersado en la navegación.

Por estos mismos días, el cónsul Licinio, después de formular los votos en el Capitolio, partió de la ciudad con traje de guerra. Siempre es grave y solemne este caso, pero excita poderosamente la atención y el interés cuando el cónsul á quien se acompaña marcha contra un enemigo poderoso y que se ha distinguido por su valor ó su fortuna. No es solamente por deber y convencimiento por lo que se agrupan en derredor del general, sino también por curiosidad ó para ver al hombre á cuya experiencia y sabiduría se encarga la defensa de los intereses principales del estado. En seguida acuden á la mente muchas ideas; la fortuna de la guerra, la inseguridad de la suerte y los caprichos de Marte; los reveses, los triunfos, las derrotas, con tanta frecuencia debidas á la falta de habilidad y á la imprudencia de los jefes; la fortuna, que muchas veces recompensa su prudencia y valor. ¿Sabe alguien cuál de aquellos dos partidos, cuál de aquellas dos fortunas será la del cónsul que parte para la guerra? ¿Se le verá pronto, al frente de su ejército victorioso, subir triunfante al Capitolio, saludar á aquellos mismos dioses de quienes se

despide hoy? ¿ó se prepara este regocijo al enemigo? Porque ese rey Perseo, contra quien se marcha, goza de mucha fama, tanto por la reputación guerrera del pueblo macedonio, como por las hazañas de su padre Filipo, que, entre otras guerras, se distinguió por la que hizo á Roma: además, Perseo había hecho hablar incesantemente de él desde su advenimiento al trono y de los preparativos de guerra que hacía. Así pensaban todos los órdenes del estado al acompañar al cónsul en su partida. Enviáronse con él dos varones consulares, como tribunos de los soldados, y tres jóvenes de ilustre linaje, P. Léntulo y los dos Manlios Acidinos, hijo el uno de M. y el otro de L. Manlio. El cónsul marchó con ellos á reunirse con el ejército, y cruzando el Adriático con todas sus tropas, marchó á acampar cerca de Nimfeo, en el territorio de Apolonia.

Pocos días después, viendo Perseo por el relato de sus legados, que habían regresado de Roma, que era necesario renunciar á toda esperanza de paz, celebró consejo, en el que se prolongó mucho la discusión entre las diferentes opiniones; creyendo unos que se debía pagar un tributo, si lo imponían, ó ceder parte del territorio si los condenaban á ello; queriendo que no se negase nada de lo que podría sufrirse para conseguir la paz y que el rey no arriesgase su vida y su corona en tan terrible juego. «Poseedor de un trono sin competidores, encontraría en el tiempo auxiliar poderoso, que no solamente le haría conquistar lo que había perdido, sino que hasta podría hacerle temible á los que él temía ahora.» El mayor número se decidía por el partido más exaltado: «Por poco que se cediese, pronto habría que ceder todo el reino, decían. Los romanos no necesitaban dinero ni engrandecimiento; pero sabían que todas las cosas humanas, y sobre todo, los reinos y los imperios, estaban expuestos á muchos cambios; que habían des-

truido la fuerza de los cartagineses y ensanchado á su costa un reino inmediato, cuyo yugo pesaba sobre ellos; que Antioco y su dinastía habían sido rechazados más allá del monte Tauro; que ya no quedaba en su vecindad más que el imperio Macedónico, y que si el pueblo romano veía en algún punto disminuir su poder, parecía el único capaz de reanimar en el pecho de sus reyes su antiguo valor. Antes de comenzar nada, el mismo Perseo debía considerar si, de concesión en concesión, quiere, despojado sucesivamente de todos sus estados y desterrado de su reino, pedir á los romanos Somotracia ó alguna otra ciudad para sobrevivir á su reinado, y envejecer en ella como simple particular, en el desprecio y la pobreza; ó bien si, tomando las armas para defender su fortuna y su rango, preferirá exponerse á todos los peligros de la guerra y optar por las probabilidades de una victoria que libertaría al universo del despotismo de Roma. No sería más extraño ver á los romanos expulsados de Grecia que Anníbal de Italia: y ciertamente no se veía por qué, después de haber rechazado con tanta energía las pretensiones de un hermano que aspiraba, sin derechos, á la corona, había de ceder á extranjeros aquella corona adquirida. En fin, en toda deliberación acerca de la paz ó la guerra, hay que convenir en un punto: que nada hay tan vergonzoso como ceder un trono sin resistencia; nada tan hermoso como correr todos los riesgos de la fortuna, cuando se trata de la honra y la dignidad.»

Celebrábase el consejo en Pela, la antigua capital de los reyes de Macedonia. «Hagamos, pues, con el auxilio de los dioses, esa guerra, puesto que tal es vuestra opinión, dijo el rey.» Y envió cartas á todos sus prefectos, y reunió todas sus fuerzas en Cicio, ciudad de la Macedonia. El mismo, después de un sacrificio verdaderamente regio, en el que se inmolaron cien víctimas

ante el altar de Minerva, llamada Alcís, partió para Cicio con escolta de cortesanos y satélites. Ya estaban reunidas allí todas sus tropas macedónicas y auxiliares; colocó su campamento en las puertas de la ciudad y ordenó todo su ejército en la llanura. Elevábase el total á cuarenta mil combatientes, siendo la mitad falangistas. Mandábanles Hippias y Boreo. Había además dos mil hombres escogidos por su robustez entre todos los cetratos, formando lo que ellos llaman una legión. A éstos los mandaban Leonato y Trasippo Eulyes. El resto de los cetratos, en número de cerca de tres mil, marchaban á las órdenes de Antiflo Edeseo. Los peones, los de Parora y de Pastrimonia, parajes que confinan con la Tracia, los agrianos con los que se mezclaban algunos tracios, formaban un cuerpo de cerca de tres mil hombres, reunidos y equipados por Didas el peón, asesino del joven Demetrio. Además dos mil combatientes galos, á las órdenes de Asclepiodoto: de Heraclaea, en los Sintos, habían acudido tres mil tracios libres, con un jefe de su nación. Casi igual número de cretenses obedecía á sus capitanes Susa Falaserno y Sila Gnosio. El lacedemonio Leonidas llevaba quinientos griegos de diferentes pueblos. Creíase que Leonidas descendía de estirpe regia: había sido desterrado por sentencia dictada en pleno consejo de la liga aquea, porque interceptaron cartas suyas á Perseo. De etolios y beocios solamente había unos quinientos, mandados por el aqueo Lycón. Estos auxiliares, pertenecientes á todos los pueblos y naciones, formaban un conjunto de cerca de doce mil hombres. Toda la Macedonia reunida había suministrado tres mil caballos: Cotys, hijo de Seutha, rey de los odrysos, se presentó con mil jinetes escogidos é igual número de peones. El total del ejército era treinta y nueve mil hombres de infantería y cuatro mil de caballería; y era indudable que desde el ejér-

cito que pasó al Asia guiado por Alejandro Magno, ningún rey de Macedonia había reunido tantas fuerzas.

Veintiséis años hacía que concedieron la paz á Filipo á petición suya, y durante este tiempo, merced á la tranquilidad, la Macedonia había aumentado en población, cuya mayor parte se encontraba en buenas condiciones para la milicia: guerras sin importancia con sus vecinos los tracios, más habían servido para ejercitarlos, que para quebrantarlos, manteniéndoles constantemente en armas; y el tiempo que Filipo primero y después Perseo emplearon en meditar la guerra contra los romanos, hacía que no faltase nada á los preparativos. Perseo hizo ejecutar algunos movimientos á su ejército, no serie completa de evoluciones, sino los suficientes para que no permaneciese ocioso sobre las armas; y reunió en asamblea á sus soldados, armados como estaban. Sentóse Perseo en su tribunal, con sus dos hijos á los lados; el mayor, Filipo, hermano suyo por naturaleza, había pasado á ser hijo por adopción; el más joven, llamado Alejandro, era realmente hijo suyo. Exhortó á los soldados para la guerra; recordó las ofensas que el pueblo romano había inferido á su padre y á él: obligado su padre, por toda clase de ultrajes, á comenzar de nuevo la guerra, le sorprendió la muerte en medio de sus preparativos: al mismo tiempo que enviaban legados á Perseo, pasaban soldados para ocupar las ciudades de Grecia. En seguida le engañaron con una tregua que, so pretexto de llegar á un acuerdo pacífico, habían hecho durar todo el invierno, con objeto de tener tiempo para prepararse: venía un cónsul con dos legiones romanas, constando cada una de seis mil infantes y trescientos caballos y casi igual número de aliados en infantería y caballería. Si se añade á este número las tropas auxiliares de los reyes Eumeno y Massinisa, se contarían siete mil hombres de á pie y dos mil de á

caballo sobre los anteriores. Contadas las fuerzas romanas, bastaba que considerasen su propio ejército, para ver cuán superior era en número y calidad al de los romanos, reclutas alistados apresuradamente para aquella guerra, cuando los macedonios habían aprendido desde la infancia á manejar las armas, que habían tenido tantas guerras para endurecerse y acostumbrarse á las fatigas. Los romanos tenían por auxiliares á los cidios, los frigios y los númidas; los macedonios á los tracios y los galos, los más valientes de los pueblos: aquéllos no tenían otras armas que las que habían podido comprar los pobres soldados (1); los macedonios sólo habían tenido que tomarlas en los arsenales del rey, donde las construían desde tantos años por cuidados de su padre y de él. El enemigo tenía sus provisiones lejos y expuestas á todos los peligros del mar; él, además del producto de sus minas, tenía dinero y granos acopiados para diez años. Todos los preparativos que podían depender de la bondad de los dioses y la vigilancia del rey, los tenían completos los macedonios y asegurados para mucho tiempo. Era necesario que tuviesen tanto valor como habían desplegado sus antepasados, que después de someter toda la Europa, habían pasado al Asia, abriendo sus armas un mundo que ignoraba la fama, no deteniéndose en su conquistadora marcha hasta que el mar Rojo les cortó el paso, no quedándoles nada que conquistar. Pero ahora no se trataba ciertamente de las apartadas fronteras de la India, sino que la fortuna sometía á la lucha que iban á sostener la pose-

(1) Parece ser que los soldados romanos tenían que comprar por su cuenta las armas, y solamente los proletarios las recibían del Estado en épocas de apuro. En tiempo de guerra y en las provincias, el Estado suministraba, ó mejor dicho, vendía armas á los soldados; pero en Roma cada uno se las procuraba en particular.

sión de la misma Macedonia. Al hacer la guerra á su padre, los romanos se presentaron con el falso título de defensores de Grecia; ahora se proponían ostensiblemente la servidumbre de los macedonios, no queriendo para el imperio romano la vecindad de un rey, ni dejar las armas en mano de un pueblo libre. Si renunciaban á la guerra y obedecían á las intimaciones que habían hecho, tendrían que entregar al vencedor sus armas, su rey y su reino.»

Muchas veces habían interrumpido la oración muestras de asentimiento; pero ahora brotaron enérgicos gritos de odio y amenaza y protestas de adhesión á propósito para robustecer la confianza del rey, á quien invitaron á terminar; pero éste se limitó á recomendarles que se preparasen á marchar (porque se decía que los romanos habían salido de Nimfeo); disolvió la asamblea y fué á recibir en audiencia á los legados de las ciudades de Macedonia. Estos se presentaban á ofrecer dinero, según sus recursos, y granos para la guerra. Todos recibieron las gracias y quedaron dispensados de aquellos suministros, diciéndoles que el rey había provisto suficientemente á todo: solamente les pidieron carros para el transporte de máquinas, de la enorme cantidad de flechas que tenían en los depósitos y otros aprestos de guerra. En seguida marchó con todo el ejército, dirigiéndose á Eordea, acampando en las orillas de un lago, llamado Begorrites, y avanzando al día siguiente hasta Elimea, en el Haliacmón. Atravesando en seguida, por estrecha garganta, los montes llamados Cambunios, bajó á la comarca llamada Trípolis, compuesta de tres ciudades, Azoros, Pithio y Doliques. Estas ciudades vacilaron algún tiempo por haber dado rehenes á los larisos; pero cediendo al miedo del momento, capitularon. El rey las recibió con bondad, no dudando que los perrhebios harían lo mismo, y solamente tuvo

que presentarse delante de la ciudad para que los habitantes se rindiesen sin vacilar. En cuanto á Cirecia fué necesario atacarla: el primer día acudieron los habitantes á las puertas armados y decididos, rechazándoles; pero al siguiente les atacó con todas sus fuerzas, y antes de anocheecer capitularon todos.

Muy cerca de allí se encontraba Mila, plaza tan fuerte, que sus habitantes, considerando inexpugnables sus baluartes y poseídos de insensata confianza, no se limitaron á cerrar atrevidamente sus puertas al rey, sino que le dirigieron, lo mismo que á los macedonios, todo género de insolencias. Esto produjo mayor animosidad por parte del enemigo para atacarles, y mayor encarnizamiento de su parte para defenderse, porque no podían esperar gracia. Tres días transcurrieron en los que se desplegó extraordinaria energía en el ataque y la defensa. Los macedonios, gracias á su número, fácilmente podían reemplazar con fuerzas frescas á las cansadas; los sitiados, en la necesidad de permanecer día y noche en las fortificaciones para defenderlas, se debilitaban tanto por las heridas como por las vigiliias y continuas fatigas. El cuarto día, cuando por todas partes aplicaban las escalas á la muralla y atacaban la puerta con mayor vigor, los sitiados, arrojados de los parapetos, acudieron á la defensa de la puerta, y repentinamente, hicieron una salida contra el enemigo. Pero como en aquella resolución dominaba más la rabia irreflexiva que el racional convencimiento de sus fuerzas, su corto número y el cansancio les hicieron ceder ante fuerzas frescas que les derrotaron y persiguieron, entrando detrás de ellos en la plaza, cuya puerta habían abierto. De esta manera se apoderaron de la plaza, saqueándola en seguida: los que sobrevivieron á la matanza fueron vendidos. Después de haber demolido y quemado gran parte de la ciudad, Perseo dirigió la marcha sobre Fa-

lana, llegando al día siguiente á Girtona. Enterado de que T. Minucio Rufo é Hippias, pretor de los tesalios, habían entrado en ella con un cuerpo de tropas, ni siquiera trató de atacarla, pasó adelante y cayó tan repentinamente sobre Elacia y Gonno, que sus habitantes, aturcidos por su repentina llegada, capitularon. Estas dos ciudades están en las gargantas por donde se entra en el valle de Tempe, especialmente Gonnos, razón por la cual dejó allí guarnición más considerable de infantería y caballería, rodeándola además con triple foso y una empalizada. Habiendo avanzado en seguida hasta Sicurio, decidió esperar allí al enemigo, mandando al mismo tiempo á sus tropas que recogiesen los granos en todo el país enemigo que se extendía á su vista; porque Sicurio está al pie del monte Ossa, que al Mediodía domina las llanuras de Tesalia, volviendo la espalda á Macedonia y Magnesia. A estas ventajas reúne la ciudad la de un territorio sano y rico, estando rodeada de manantiales perennes.

El cónsul romano, pasando con su ejército á Tesalia en aquellos mismos días, no encontró primeramente obstáculo para atravesar el Epiro; después, cuando se vió en la Atamania, suelo áspero y casi impracticable, chocó con inmensas dificultades, y solamente con mucho trabajo y á jornadas muy cortas llegó hasta Gomfos. Con sus hombres y caballos tan cansados, y siendo bisoño su ejército, si hubiese encontrado delante al rey con su ejército, en tiempo y paraje favorables, los mismos romanos confiesan que les hubiese costado muy cara la batalla. Habiendo llegado á Gomfos sin combate, además del placer que experimentaron por haber atravesado aquel paso peligroso, tuvieron el de despreciar al enemigo, que tan inhábil era para aprovechar las buenas ocasiones. Después de un sacrificio en toda forma y de distribuir trigo á los soldados, el cónsul

concedió algunos días de descanso á los hombres y á los animales, y enterado de que los macedonios desbandados vagaban por la Tesalia y talaban los campos de los aliados, viendo á sus soldados bastante repuestos, les llevó á Larisa. Después, no encontrándose más que á tres millas de la Trípolis llamada Scea, colocó su campamento sobre el río Peneo. Por el mismo tiempo, Eumeno acababa de fondear en Calcis con sus hermanos Atalo y Ateneo, después de dejar á su hermano Filatero en Pérgamo para la custodia de su reino. Desde allí marchó para reunirse con el cónsul, acompañándole Atalo, llevando cuatro mil hombres de á pie y mil caballos. En Calcis dejaba dos mil hombres de infantería á las órdenes de Ateneo. Esta ciudad fué el punto de reunión de todos los cuerpos auxiliares que por todas partes enviaban á los romanos los pueblos de la Grecia, cuerpos tan débiles en número generalmente, que la historia no los menciona. Los apoloniatos enviaron trescientos jinetes y cien hombres de á pie. Los etolios habían formado una sola turma con toda su caballería para enviarla; la de Tesalia estaba dividida en destacamentos, no habiendo más de trescientos jinetes en el campamento romano. Los aqueos habían suministrado unos mil quinientos hombres de su nación, armados como los cretenses.

Al mismo tiempo el pretor C. Lucrecio, que mandaba la flota en Cefalonia, mandó á su hermano Marco que doblase con la flota el cabo Malea, para dirigirse á Calcis, embarcándose él mismo en una trirreme para marchar por el golfo de Corinto para asegurarse de las disposiciones de la Beocia. Su travesía fué lenta por causa de su mala salud. Enterándose M. Lucrecio, á su llegada á Calcis, de que P. Léntulo tenía sitiado á Haliarto, le envió un mensajero para que le mandase, en nombre del pretor, que se alejase de la plaza. El legado

había emprendido aquel ataque con la parte del ejército beocio que estaba por los romanos, y obedeciendo la orden, se alejó de la ciudad. El levantamiento de este sitio no hizo más que dar lugar al segundo; porque en seguida M. Lucrecio, con sus tropas de mar, en número de diez mil combatientes y los dos mil hombres de Eumeno, que mandaba Ateneo, bloqueó Haliarto, y ya se preparaban á dar el asalto, cuando llegó el pretor, que venía de Creusa. Al mismo tiempo se reunían en Calcis las naves de los aliados: eran éstas dos quinqueremes cartaginesas, dos trirremes de Heraclea del Ponto, cuatro de Calcedonia, otras tantas de Samos y cinco cuadrirremes de Rodas. Viendo el pretor que en ningún punto era marítima la guerra, las devolvió á los aliados. Q. Marcio llegó también con sus naves á Calcis, después de haber tomado á Alope, y entrado por asalto en Larisa, llamada Cremarta. Tal era el estado de las cosas en Beocia, cuando Perseo, que permanecía en Sicurio, como ya se ha dicho, después de recoger los granos en todos los campos, envió fuerzas para devastar las tierras de los fereos, creyendo que los romanos, para llevar socorros á las ciudades aliadas, se aventurarían en el país y podrían caer en sus lazos. Al verles impasibles ante aquellos desórdenes, no conservó del botín más que las personas, distribuyendo el resto, que consistía principalmente en animales, como víveres á los soldados.

El cónsul y el rey celebraron consejo al mismo tiempo para decidir cuándo habían de comenzar las hostilidades. El rey se encontraba muy enardecido por la libertad que le habían dejado para talar las tierras de los fereos. Su opinión era marchar al campamento y no conceder al enemigo más aplazamientos. Los romanos pensaban también que su contemporización les desacreditaba á los ojos de los aliados, á quienes había disgus-

tado especialmente su obstinación en no socorrer á los de Ferea. Deliberaban acerca de la conducta que debían seguir, asistiendo á la deliberación Eumeno y Atalo, cuando llegó un mensajero muy agitado, diciendo que el enemigo llegaba en masa. Levantóse la sesión, y en el acto se dió la señal de tomar las armas. Entretanto se dispuso la salida de cien hombres de la caballería real y otros tantos de infantería armados con dardos. Encontrándose Perseo á la hora cuarta á poco más de tres millas del campamento romano, mandó hacer alto á su infantería, siguiendo él adelante con la caballería y tropas ligeras; igual movimiento realizaron Cotys y los otros jefes auxiliares. A menos de quinientos pasos del campamento se encontraban, cuando vieron á los jinetes enemigos: formaban éstos dos turmas, compuestas de galos en su mayor parte, á las órdenes de Casinato, y unos ciento cincuenta hombres de tropas ligeras, misios y cretas. Detúvose el rey, ignorando cuántos enemigos tenía delante, y destacó dos turmas de tracios y dos de macedonios, acompañadas cada una por dos cohortes de cretenses y de tracios. Como el número era casi igual, y ni unos ni otros recibieron refuerzos, el combate quedó incierto. Eumeno perdió unos treinta hombres, entre ellos Casinato, el jefe de los galos, que cayó muerto: Perseo llevó por el momento sus fuerzas á Sicurio. A la misma hora de la mañana siguiente, el rey avanzó con su ejército hasta el mismo punto, mandando que le siguiesen carros cargados de agua; porque había un camino de doce mil pasos completamente seco y lleno de polvo, y podía temerse que molestase mucho la sed si se trababa el combate desde el primer momento. Los romanos permanecían tranquilos y hasta habían retirado sus guardias al interior de los parapetos, entrando también en el campamento las tropas del rey. La misma operación se repitió du-



rante muchos días; porque temían que la caballería romana atacaría la retaguardia en cuanto se alejasen, y que entonces se trabaría el combate, separándoles de su campamento, pudiéndola derrotar fácilmente, en cualquier parte en que se encontrase, gracias á la superioridad de su caballería y de las tropas ligeras.

No consiguiendo lo que se proponía, el rey marchó á establecer su campamento más cerca del enemigo, fortificándose en la posición que eligió á cinco millas de distancia. En seguida, al amanecer mandó formar en batalla á su infantería en el mismo punto que de costumbre, y llevó en dirección del campamento enemigo toda la caballería y las tropas ligeras. Al ver una polvareda más densa y cercana que de ordinario, dióse la alarma en el campamento romano. Al principio apenas se dió crédito á la noticia, porque todos los días anteriores el enemigo se había presentado exactamente á la hora cuarta. Pero cuando se vió acudir de las puertas multitud más considerable, no se dudó, y el desorden llegó al colmo. Los tribunos, prefectos y centuriones corrieron al pretorio; cada soldado buscó su tienda. No mediaban quinientos pasos entre el campamento y el punto en que Perseo había ordenado sus fuerzas en batalla, alrededor de un otero llamado Calicino. Cotys mandaba el ala derecha formada por sus súbditos; las tropas ligeras estaban intercaladas entre las turmas de caballería, modificando su aspecto. En el ala izquierda estaba la caballería macedónica, cuyas turmas se encontraban mezcladas con arqueros cretenses. Mandaba estas fuerzas Medón, de Besea, y la caballería Menón, de Antígona, que además tenía á sus órdenes toda el ala. En las inmediaciones de las alas estaban los jinetes de la guardia del rey y un cuerpo mezclado, compuesto de soldados escogidos de diferentes pueblos, tomados de los auxiliares: mandábanlos Patroclo,

de Antígona, y Didas, prefecto de Peonia. El rey estaba en el centro. El cuerpo llamado *agemá* (1) y los jinetes de las turmas sagradas formaban su escolta. Delante de él colocó una línea armada con hondas y venablos, constando de cuatrocientos hombres cada cuerpo de estos; confiándose su mando á Yon, de Tesalónica, y al prefecto Tímanor. Tal era el orden de batalla de las fuerzas reales. El cónsul, después de formar la infantería dentro de las empalizadas, mandó salir la caballería con las tropas ligeras, que se ordenaron delante de los parapetos. Púsose el ala derecha á las órdenes de C. Licinio Crasso, hermano del cónsul, que tenía toda la caballería italiana mezclada con los vélites; á la izquierda M. Valerio Levino, jefe de la caballería de los aliados griegos, y la infantería ligera suministrada por estos pueblos. El centro lo formaban los jinetes extraordinarios elegidos á las órdenes de Q. Minucio. Doseientos jinetes galos y trescientos auxiliares de la nación de los circios y el ejército de Eumeno se habían colocado delante de ellos. Al frente del ala izquierda y á corta distancia, se formaron cuatrocientos jinetes tesalios. El rey Eumeno y Atalo se situaron detrás, entre la retaguardia y las empalizadas.

Formados los dos ejércitos en este orden, sobre poco más ó menos, siendo por ambas partes casi iguales en número la infantería y la caballería, llegaron á las manos, trabando el combate las fuerzas que marchaban delante armadas con hondas y venablos. Los tracios, como fieras encerradas mucho tiempo en jaulas, fueron los primeros en lanzarse á toda brida, gritando espantosamente, sobre la caballería italiana, consiguiendo turbar aquellos ánimos aguerridos y naturalmente valerosos.

(1) Cuerpo elegido que ordinariamente marcha delante de los reyes de Macedonia.